

aquí, en compañía de la duquesa mi señora, y podría ser que, cuando volviese, hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto; porque pienso, en los ratos ociosos y desocupados, darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo.—Con todo eso, le habeis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos; que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto sería mal caso.—¡Aquí del rey otra vez! replicó Sancho; cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo; pero ¡que lo sufra por quitar las barbas á dueñas! ¡mal año! ¡mas que las viese yo á todas con barbas, desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada!—Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dijo la duquesa; mucho os vais tras la opinion del boticario toledano; ¡pues á fe, que no teneis razon! que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas; que aquí está mi Doña Rodriguez, que no me dejará decir otra cosa.—¡Mas que la diga vuestra excelencia! dijo Rodriguez; que Dios sabe la verdad de todo, y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos parieron vuestras madres, como á las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadie.—Ahora bien, señora Rodriguez, dijo Don Quijote, y señora Trifaldi, y compañía: yo espero en el cielo, que mirará con buenos ojos vuestras cuitas; que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno; que yo sé, que no habria navaja que con mas facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno: que Dios sufre á los malos, pero no para siempre.—¡Ay! dijo á esta sazón la Dolorida; con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos, y socaliñado de pajes, ¡que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña! ¡desdichadas de nosotras las dueñas, que, aunque vengamos por línea recta de varon en varon del mismo Héctor el troyano, no dejarán de echarnos un vos vuestras señoras si pensasen por ello ser reinas! ¡Oh gigante Malambruno, que, aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas! envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe; que si entra el calor, y estas vuestras barbas duran, ¡guay de nuestra ventura!” Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho; y propuso en su corazon de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

## CAPÍTULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

LLEGÓ en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á Don Quijote, pareciéndole que, pues Malambruno se detenía en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí cuando á deshora entraron por el jardín cuatro salvajes, vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traian un gran caballo de madera. Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvajes dijo: “Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello.—Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo, ni soy caballero;” y el salvaje prosiguió, diciendo: “Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, que, si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay mas que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires, adonde los atiende Malambruno; pero, por que la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje.” Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido. La Dolorida, así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á Don Quijote: “¡Valeroso caballero! las promesas de Malambruno han sido ciertas: el caballo está en casa, vuestras barbas crecen, y cada una de nosotras, y con cada pelo dellas, te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en mas sino en que subas en él con tu escudero, y dés felice principio á vuestro nuevo viaje.—Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojin ni calzarme espuelas, por no detenerme: ¡tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora,